

pues de una guerra de doce años, se halló en pacífica posesion de todo el territorio al firmarse el tratado de Utrech. Desde el principio le habian reconocido el Papa y los gobiernos de Inglaterra, Portugal, Dinamarca, Holanda y Baviera; pero como el emperador de Austria acudió á las armas para defender sus pretensiones sobre el trono español, uniéronsele á poco Inglaterra y Holanda que temian el engrandecimiento de la casa de Borbon, concluyendo un tratado firmado en el Haya y que se llamó de la grande alianza. La campaña se inauguró derrotando los alemanes mandados por el príncipe Eugenio de Saboya, á los españoles y franceses en Chiari y Carpi, sorprendiendo á Cremona y sitiando á Mantua; pero Felipe voló al combate, despues de haberse casado con la hija del duque de Saboya, y por su valor y pericia y ayudado de los franceses rechazó á sus enemigos y se conquistó un puesto respetable y querido entre los españoles.

Llegado Felipe á España dispuso el rey cristianísimo Luis XIV, que pasaran dos escuadras á la América; la una compuesta de ocho bajeles de guerra á las órdenes del vizconde de Coctligon, primer cabo de sus armadas navales, con algunos ingenieros y oficiales de infantería, provisiones de armas, municiones é instrumentos de guerra, artillería y bomberos, y otra de diez al mando del conde de Chateau-Regnaud, primer lugar-teniente de sus armadas y capitán general de las del Oceano. Dichas armadas debian de unirse con la de Barlovento, para impedir cualquier intento por parte de los ingleses y holandeses en favor del archiduque Cárlos de Austria. Para asegurar la plaza de Veracruz y castillo de S. Juan de Ulúa le fué ordenado al virey proveyera uno y otro de cuanto necesitaran, almacenando armas, pertrechos y bastimentos para un año y que alistara de cinco á seis mil hombres para un caso de necesidad, y si para organizar los trabajos necesitaba oficiales ó ingenieros franceses podia tomarlos de las escuadras. Desde luego los ingenieros franceses comenzaron á dirigir las fortificaciones del castillo y varios oficiales de la misma nacion percibian el sueldo asignado por el rey cristianísimo y pagado por la Nueva-España. A fines de Noviembre, 1701, llegó á Veracruz una escuadra francesa para poner en estado de defensa ese puerto que se temia fuera atacado en la guerra que amenazaba á toda la Europa por la sucesion del trono de España. La escuadra estuvo en Veracruz donde fué recibida cual si fuese española; pero se prohibió comerciar con ella.

El mal estado de España hizo al rey pedir desde que tomó posesion del gobierno, un donativo para emplearlo en batir á los moros que sitiaban á Ceuta, en cuya defensa habian sido empleadas grandes sumas; además de tantos gastos habia que hacer otros en el casamiento de Felipe V, cuya aclamacion fué hecha en México con aplauso y grandes demostraciones de regocijo; no obstante que algunos opinaban por el archiduque de Austria. La Corte temia á cada momento que los ingleses y holandeses promoviesen una revolucion á favor de éste en las Indias.

El conde de Moctezuma salió de México para España el 4 de Noviembre de 1701 despues de mas de cuatro años de gobierno en que se mostró muy prudente y en su lugar tomó posesion por segunda vez el arzobispo Ortega Montañés. La remocion del virey tuvo por principal causa el considerársele afecto á la dinastía de Austria, aunque en España fué considerado y pensionado dándosele honores y títulos.

TRIGESIMOTERCERO VIREY.

DON JUAN DE ORTEGA MONTAÑÉS.

(POR SEGUNDA VEZ.)

Con la muerte de Cárlos II y el cambio de dinastía en España vino casi inmediatamente la guerra con las potencias sostenedoras de los derechos de la casa de Austria, conculcados por el testamento del difunto rey, en el cual dejaba por heredero del trono español al nieto de Luis XIV. Una parte muy considerable de la grandeza de España, parásita del trono, á la cual Felipe V reformador juicioso, hirió desde su llegada, apenas podía contener la manifestacion de sus simpatías por la causa del archiduque; y por este motivo quizá el nuevo rey y sus partidarios comenzaron á desconfiar de los hombres del siglo en asuntos de gobierno y conservacion de la monarquía y á inclinarse á favor de la iglesia que le era adicta.

Recelábase cada vez mas que los ingleses y holandeses enviaran algunas escuadras para perturbar la Nueva-España y hacer proclamar rey al archiduque, y se hacia mas necesario proveer las islas y los puertos de Indias de fortificaciones, concluyendo sobre todo las de San Agustin de la Florida y Puerto-Rico. En las colonias se habia establecido la vigilancia entre los mismos españoles que llegaban de Europa, pues las opiniones estaban divididas sobre quién habia de reinar, repulsando una gran porcion á Felipe V por tener origen y proteccion franceses; la mayor parte de oficiales superiores en la marina de guerra, las flotas y el ejército tenian la misma procedencia. Descontento con lo que preveia D. José Sarmiento, virey de Nueva-España, pidió se le diera permiso para regresar á España en cartas de 15 de Setiembre de 1699, 30 de Enero y 28 de Abril de 1700, anteriores á la muerte de Cárlos; é insistiendo en la renuncia, la Corte comprendió la causa y le concedió la licencia nombrando interinamente al arzobispo de México para el empleo que vacaba; se le exigió al conde de Tula que pasara prontamente á España en el primer navío de bandera que volviera para allá dejando poder y afianzada la residencia en la forma ordinaria, aunque se le permitia que fuera ejerciendo en la flotá el cargo de capitán general y llevara á su familia, servidumbre y equipaje firmándose todos los despachos en Marzo de 1701.

Así, pues, vemos que no obstante ser el conde de Moctezuma un hombre honrado y de

confianza, desde principios de 1701 estaba nombrado virey y capitán general de Nueva-España, por segunda vez, el Sr. Ortega Montañés, aunque no llegó á saberlo sino hasta el 4 de Noviembre, por haber sufrido un extravío las cédulas de provision. Ese día le llegaron sus bulas de arzobispo y el palio, de que fué conductor el capitán del aviso, y también la autorización para ejercer las facultades consuetas, es decir, de hacer conmemoraciones comunes en determinados días en el oficio divino al fin de los laudes y vísperas. Como el Sr. Ortega únicamente tuvo aviso de su nombramiento por el recibo de ciertas cédulas cuyos mandatos debía ejecutar, hizo consulta al conde de Moctezuma y á la Audiencia sobre la manera de considerar dichos mandatos. El resultado de esa consulta fué que el mismo día, 4 de Noviembre, se le llamó para darle posesion del vireinato. El virey Montañés dispuso las fiestas para celebrar la aclamación de Felipe V, en las cuales fueron gastados quinientos pesos. Poco despues de un mes, el 17 de Diciembre, recibió con gran pompa y solemnidad el sello del nuevo rey Felipe V llevándolo D. Pedro Sanchez de Tagle, por poder del gran canceller de España; presentólo al virey y á la Audiencia reunidos con todas las autoridades en el salon de palacio, en una bandeja de plata cubierta con un rico paño de seda, y acompañándolo algunos ministros de la Audiencia fué llevado á la casa de moneda.

El arzobispo-virey persiguió con empeño todos los vicios y en especial el de la ociosidad, considerándolo como el origen de los mayores males; con tal objeto habiendo ido el 2 de Mayo de 1702 á visita de cárcel, entró á la sala del crimen y hallándola llena de gente que estaba oyendo los informes y alegatos de los abogados, mandó cerrar las puertas y que fueran prendidos los muchos que allí se hallaban, considerando que no tendrían ocupacion, supuesto que se iban á entretener en oír pleitos. También hizo que se entregara á los jesuitas para las misiones seis mil pesos que les fueron señalados por disposicion de Felipe V. La colonia de California habia sufrido grandes contratiempos á causa de la esterilidad de aquella region y porque el P. Salvatierra acogia á todos los indígenas que se presentaban en Loreto, por cuyo motivo los víveres se escaseaban habiéndose perdido el barco que fué á comprarlos en el puerto de Ahome, en el Yaqui; pocos recursos podia esperar de sus bienhechores y nada del conde de Moctezuma y de la Audiencia que completamente se los negaron, fundándose en que los jesuitas habian ofrecido sostener el presidio sin ayuda de la real hacienda, y solamente se encontró regular aquella colonia cuando recibió los auxilios de Felipe V y otros dados por el marqués de Villapiente, por D. Nicolás Arteaga y su esposa Doña Josefa Vallejo, con cuya proteccion aquellas misiones fueron en aumento cada día. Entretanto los ingleses bajo el mando del coronel Moore sitiaban la plaza de S. Agustin de la Florida y levantaron el sitio cuando avistaron diversas velas ignorando si iban de México ó de la Habana en socorro de la plaza, y fué tanta la precipitacion con que se retiraron, que dejaron abandonadas las municiones de guerra y boca, y talando el país regresaron á Charleston.

En posesion del gobierno el arzobispo de México, Ortega Montañés, hizo convoyar las flotas, de órden superior, por la Armada de Barlovento hasta la Habana; recibió é hizo distribuir la jarcia y lona que su antecesor habia encargado para dicha Armada, que quedó reducida á tres navíos y á los buques que se construian en Campeche, enviando veinte mil pesos para ello; dejó de remitir al presidio de Puerto-Rico á los homicidas, ladrones y salteadores porque viciaban á los soldados empleados en él, y envió el valor del sueldo de dos soldados destinado al hospital de Nuestra Señora de la Con-

cepcion, allí establecido; llevó á efecto el permiso concedido para que en Puebla quedara fundado un Beaterio con el nombre de Santa Rosa, y de acuerdo con el corregidor de Veracruz D. Francisco Manso de Zúñiga, dictó disposiciones para que los justicias de Jalapa, villa de Córdoba, Jalacingo, S. Juan de los Llanos y otros pueblos estuviesen listos para bajar á defender á Veracruz tan luego como se presentaran los ingleses y holandeses que se esperaban de un momento á otro en el puerto y tomó precauciones idénticas con respecto á Tampico, dictando varias otras para evitar el contrabando de objetos de China y el comercio con los del Perú. A Veracruz entró gente de las cercanías y aun se trató de hacer llegar la fuerza á veinte mil soldados, por haberse asegurado que estaban próximas á presentarse allí ochenta velas inglesas y holandesas.

La necesidad que España sentia de buena marina y la escasez que en la Metrópoli habia de maderas de construccion, hizo proponer á D. Francisco Arias de Viveros, vecino de Veracruz, que fueran contruidos los buques en el rio de Goatzacoalcos remitiendo España todo el material necesario; habíanse en otra época construido allí navíos de regular porte, uno de ellos llamado «Landa Verde» que llegó á ser capitana de flota; pero los piratas impidieron que continuara la fabricacion de naves. Sin duda el lugar designado era mas á propósito por distintas razones para fabricar y carenar, que Campeche, la Habana, Cartagena, Puerto-Rico, Honduras, Cuba, Maracaibo y Caracas, donde eso se hacia. El estado de trastorno que habia invadido á toda la monarquía impidió que se fijara la atencion en asuntos que impulsaran alguna industria de la Nueva-España. ¿Y qué se podia esperar cuando al correo mayor Pedro Jimenez se le retuvo por largo tiempo el pago de los libramientos que á su favor hicieron los vireyes, causando el retardo del dinero perjuicios notables dándose por excusa que no habia fondos, ó por venir varios días feriados ó por ser la época en que eran despachadas las flotas ó las naos. Con esto el correo mayor no podia cumplir con su obligacion de dar y tener prestos los correos para el servicio que no podia hacerse sin los pagos puntuales y segun el arancel. Ningun arreglo se introdujo en ese ramo, pues no se permitió que dejaran de pagarlo los oficiales reales, cuando mejor pudieron haberlo hecho los asentistas de naipes ó el tesorero de la Cruzada.

Entre las noticias curiosas referentes á este período de nuestra historia colonial, encontramos una relativa al pregon en castellano y en mexicano acerca de la residencia del conde de Moctezuma, circunstancia que indica que el último idioma se hablaba aún en la ciudad de México. El resto de ese año, 1701, se pasó en las fiestas y ceremonias de costumbre siempre que otra persona se encargaba del gobierno. Esas fiestas, además de la entrada solemne del virey, consistian principalmente en fuegos artificiales, iluminaciones, justas y corridas de toros, á las que el Sr. Ortega parece haber sido bastante aficionado. Al terminar el año, sin embargo, tuvo lugar un suceso que debia ejercer en el porvenir un influjo marcado en la historia de la guerra de sucesion. Llegaron á Veracruz cinco buques de guerra franceses, dando órden de que la flota de D. Manuel de Velasco estuviese prevenida para que cuando llegase el conde de Coctlogon con otros navíos, navegase de conserva con ellos hasta Europa, disposicion que debia ser origen de desastres y pérdidas considerables.

Los continuos aprestos de buques hechos por Inglaterra y Holanda habian dado motivo á proseguir las prevenciones y á activar las fortificaciones principalmente de Veracruz, S. Juan de Ulúa y la Habana. Sabiendo la Corte española que el vizconde de Coc-

tlogon habia llegado al puerto de Brest á mediados de Febrero de 1702 y que D. Manuel de Velasco quedaba en Veracruz con la flota, envió un aviso violentamente para que ya no partiera y fueran vueltas al interior las mercancías y caudales; pero llegó tarde, pues recibido en Junio ya habia partido Velasco en Mayo, no sin que se hubiera opuesto la Audiencia aunque sin razon, pues el rey habia mandado desde el año anterior que no partiera la flota, hasta ir convoyada aunque fuera por una parte de las fuerzas navales que prestaba el rey cristianísimo; en ningun sentido puede achacarse al virey Montañés una parte de las desgracias sufridas por la flota, porque cumplió con lo prevenido supuesto que la acompañaba la escuadra mandada por Chateau-Regnaud.

En 22 de Marzo tuvo el Sr. Montañés la noticia de que el general Chateau-Regnaud estaba en la Habana con una flota de treinta y tantos navíos para convoyar la que debia salir de Veracruz. Esta noticia dió lugar á una junta en que se emitió la opinion de que mientras el conde de Chateau-Regnaud no presentase una orden del rey de España, no se le debia confiar la flota; pero el Sr. Ortega opinó lo contrario fundándose en reales cédulas, y la Audiencia, para salvar su responsabilidad, exigió testimonio del dictámen. Esa flota fué la que mas tarde habia de ser destruida en el puerto de Vigo por las escuadras combinadas de Inglaterra y de Holanda. El 3 de Mayo llegó Chateau á Veracruz con solo seis navíos de guerra. Envió desde luego un magnífico baston adornado de diamantes y una cajuela de oro como regalo para el virey, quien encontró una oportunidad de hacer ostentacion de su munificencia correspondiendo á esos regalos con las delicadezas del país.

La flota al mando del general D. Manuel de Velasco, salió de Veracruz el 12 de Junio y en ella se embarcó el conde de Moctezuma. La suma de valores que esa flota trasportaba ha sido exagerada hasta hacerla figurar en cien millones de pesos; lo mas exacto parece ser que se registraron treinta y ocho millones y fueron fuera de registro cosa de doce mas, por todo cincuenta millones. Como la pérdida de dicha flota ha dado lugar últimamente á diversas apreciaciones, consideramos que la relacion circunstanciada de ese suceso interesará á nuestros lectores. Hé aquí cómo la refiere el marqués de San Felipe en sus «Comentarios sobre la guerra de España:» «Mientras la armada inglesa y holandesa, doblado el cabo de San Vicente, navegaba con proa incierta, esperando la flota que venia de América, porque ya habia tenido noticia de que no podia distar mucho de los mares de España, y era su regular puerto Cádiz, habia ya aquella llegado á Galicia, y advertida por sus navichuelos de aviso enviados á reconocer los mares, que estaba la escuadra enemiga esperándolos, tomaron el puerto de Vigo el día 22 de Setiembre de 1702, aun repugnando el virey de Galicia, príncipe de Brabanzon, por lo poco seguro de aquel parage. Una nave aportó en San Lúcar, cinco en Santander, tres de las cuales pertenecian á los franceses, que con veinte y tres naves de guerra, bajo el mando del Sr. de Ciaternó,¹ escoltaban las españolas mandadas por D. Luis de Velasco. Estendiéronse por la ria hasta Redondela, y le servian de antemural las naves francesas, dadas fondo en formá de defender la boca del puerto, en el cual se construyó una cadena de fuertes leños, y hecha como una estacada, fortificaron la garganta del puerto cuanto fué posible. Este lo guardaban dos antiguas torres llamadas Rade y Corbeyro, pero tan consumidas de los siglos que pocos cañonazos podian re-

1. Francisco Luis Rousselet, conde de Chateau-Regnaud, vice-almirante de Francia.—[1637—1716]

sistir. Presidiéronse de gente de la flota y se mandaron venir las milicias urbanas para coronar la ribera y llenar, si no de soldados, de gente, los baluartes y muros de la ciudad. Habia la fortuna hasta entonces esplicádose propicia, y ya en España y en el Puerto, cuanto de Indias se traia, en pocos dias se podia todo poner en tierra; pero una intempestiva y fatal cuestion convirtió en desgracia la dicha.»

«Pretendió el comercio de Cádiz que nada se podia desembarcar en Galicia, que eran aquellos sus privilegios, y que se debian conservar seguras en el Puerto, cargadas las naves hasta que se fuesen las enemigas. Sobre esto no fué tan breve como pedia la necesidad la expedicion del negocio en el Consejo de Indias, ya por la natural lentitud y madurez española, ya porque eran varios los pareceres: por fin, sin determinar absolutamente la duda se envió á D. Juan de Larrea para que sacase luego de las naves el oro y la plata, ni esto se ejecutó antes de cumplido ya un mes que habian llegado al puerto. No se dió prisa á sacar las mercaderías, cuando éstas excedian á la plata en valor. Ya habia la armada enemiga alcanzado la noticia que estaba en Vigo la flota, y á 22 de Octubre, con viento favorable, llegó á aquella costa: desembarcó cuatro mil hombres, y plantando baterías contra las torres del puerto las ocupó con poco trabajo desamparadas de los que las presidiaban, siendo imposible defenderlas ni ser su fábrica capaz de resistir la batería. Como era favorable el viento, dos naves á un tiempo á velas llenas, armada de los acostumbrados picos la proa, rompieron con facilidad la cadena. Entraron al puerto las que seguian, despreciando los cañonazos de los baluartes de la ciudad, que no sin fruto incesantemente disparaban. Disputaron la entrada con valor diez navíos de guerra franceses (los demas se habian vuelto á sus puertos) y se trabó una batalla cruel con tanto teson de una y otra parte, que mezclados los leños, casi era inútil el cañon: peleábase con fuegos de inhumano artificio, ollas, camisas y bolas de betun ardiente. Deseaban los franceses venir al aborde, porque estaban mas bien guarnecidos de gente de guerra; pero los ingleses cometieron toda la lid al fuego, y siendo en número superiores, no podian diez naves defenderse de tanta multitud de leños enemigos que suplían siempre los maltratados. Las de la flota procuraron internarse mas en la ria por si podian tener socorro de tierra, y echar á ella los fardos de las mercaderías; pero los ingleses habian ocupado la orilla, y á fusilazos embarazaban á los españoles sus faenas, permaneciendo á pecho descubierto contra la artillería de estas naves, que se defendian valerosamente. Las que estaban mas protegidas de la ciudad y mas vecinas á ella, desembarcaron tumultuariamente algunas mercaderías, con poco logro; porque mal guardadas en la confusion, el mismo paisano llamado á defenderlas las robaba. No se puede describir día mas cruel, ni mas lastimoso, por el innumerable género de muertes que padecieron aquellos infelices, ceñidos de inevitables peligros en espacio tan estrecho. Los que siguieron las naves de la flota hasta lo mas bajo de la ria (vencidos ya los franceses que hacian frente,) pretendian apagar el incendio por la ambicion de la presa, porque D. Manuel de Velasco, á quien no desamparó el valor sino la fortuna, mandó quemarlas: esto mismo hicieron los franceses, echándose al mar la gente que salvarse pudo. Los enemigos ya no cuidaban sino de apagar las llamas, aunque veian que la mayor parte de las mercaderías se habian echado al mar. Muchos perecieron buscando en el centro del fuego las riquezas: éstos y los que murieron en la batalla fueron ochocientos ingleses y holandeses; quinientos quedaron heridos, y una nave de tres puentes inglesa incendiada; pero tomaron trece naves de españoles y franceses, entre ellas siete de guerra y seis de mercadería, aunque

muy maltratadas y medio quemadas algunas: las demas las echaron á pique, ó las entregaron á la llama en el ardor del combate. Murieron en él dos mil españoles y franceses y pocos dejaron de estar heridos.»

«Valerosamente se portaron los gefes de la armada inglesa y holandesa, Ormont, Halemundo y Colembergh fueron vistos pelear por su mano en el mas estrecho riesgo. No menos esforzados, aunque menos felices fueron el Sr. de Ciaternó y Velasco. Se gloriaron aquellos que el valor de lo apresado subia á la suma de cuatro millones de pesos; mas de ocho es cierto que perdió el comercio de Cádiz, donde quedaban ocultamente incluidos los mismos enemigos, y así no era todo ageno lo que tomaron y echaron á perder. El rey perdió mas que todos, no solo en no quedarle navío para Indias, y en lo que habia de percibir de las aduanas si se introducian todas las mercaderías, sino porque fué preciso valerse de navíos franceses para el comercio de la América, que fué la ruina de sus intereses y la de los de sus vasallos. Al otro dia de la sangrienta batalla hicieron bajar al mar los enemigos gran número de buzos con poco efecto porque la artillería de la ciudad lo impedía, y volviendo á embarcar su gente, llenando de flámulas y galladartes los árboles, cantaban con flautas y pífanos la victoria. Así dirigieron la proa á sus puertos, dejando llena de tristeza y horror aquella tierra: luego bucearon los españoles y se recobró lo que aún no habia corrompido el agua. De esta desgracia nacieron infinitos pleitos en toda la Europa, porque toda estaba interesada.»

La defensa de los puertos de la Nueva-España se hacia mas difícil porque no habia gente para ello, pues á los pocos individuos que cuidaban de Ulúa y Veraacruz se les debieron hasta diez y ocho meses de su haber; por eso los soldados que estaban forzados abandonaban las guardias, y la dotacion de Veraacruz y Ulúa que debia pasar de quinientos individuos no llegaba á trescientos, contando los oficiales, y fué preciso enviar de México doscientos soldados de caballería. Siendo tantos, tan continuos y graves los negocios que ocurrieron al ingreso de Felipe V al gobierno y los muchos que se presentaron con motivo de la celebracion de Cortes en Cataluña y Aragon; además, continuado las amenazas de la guerra civil y extranjera, y como los españoles veian mal que los gobernara un extranjero, resolvió el rey por decreto de 1º de Setiembre de 1701, encargar, mientras llegaba la reina, al cardenal Porto-Carrero, arzobispo de Toledo, de toda la administracion dándole amplísimas facultades, pues todo lo que en su nombre se ordenara ó fuera rubricado con su firma debia ser obedecido como si lo mandara el mismo rey, que pasó á dirigir la guerra de Italia dejando en España á la reina, con cuyo motivo dió las disposiciones correspondientes, facultando expresamente al cardenal para reclutar y levantar tropas pudiendo nombrar maestros de campo y sargentos mayores.

En Nápoles expidió Felipe V un decreto el 13 de Mayo señalando la forma que habia de tener el gobierno de sus reinos, cuya ordenanza dispuso la reina fuese publicada en todos los dominios españoles. La reina debia ser asistida por una junta compuesta del cardenal arzobispo de Toledo, ya dos veces gobernador de España; Fray Manuel Arias, electo arzobispo de Sevilla y presidente del Consejo de Castilla; el duque de Montalto, presidente del de Aragon; el marqués de Mancera, del de Italia; el conde de Monterey, presidente en el de Flandes; el duque de Medinaceli, presidente del de Indias y el marqués de Villa-Franca, miembro del de Estado; de acuerdo con la reina debian tratar y votar en todos los negocios y determinar sobre consultas é instancias de par-

tes excepto en lo que tocara á provisiones en lo militar y político, reservadas al rey con algunas otras restricciones, quedando nombrado secretario de la junta D. Manuel de Vadillo y Velasco, que lo era en el consejo de Italia. Con tal paliativo se creyó tranquilizar al pueblo español que ha sido siempre tan celoso de su nacionalidad. Resuelto el cardenal regente á arrojar á España en brazos de Francia, dispuso que el general francés Ducas pasase á las Indias con una escuadra y dos mil hombres que serian ocupados donde conviniera; recibieron orden todos los gobernadores de plazas marítimas de asistir al referido general que recibió el título de capitán general de todas las Armadas y flotas españolas; prohibióse á los franceses tener comercio sino era el precisamente necesario para refrescos y por valor de seiscientos á setecientos pesos; pero la citada escuadra tuvo que regresar prontamente á Europa.

El año de 1702 comenzó en México con la ceremonia de la recepcion del palio del arzobispo-virey, que tuvo lugar el 6 de Enero. Segun un cronista de la época, al amanecer hubo repique en todas las iglesias, y fué cantada la misa mayor á la hora de costumbre, estando el altar mayor muy adornado y en medio de él habia una vela apagada sobre un blandon de plata muy grande, para encenderla al tiempo de la recepcion del palio; los pilares de la iglesia ostentaban colgaduras ricas, el suelo estaba muy bien alfombrado, en toda la crugia habia muchos ramilletes de flores, y en el exterior veíanse arcos desde la grada del cementerio hasta la puerta del Sagrario. «Salió del coro por preste el señor maestro-escuela, Dr. D. José Vidal de Figueroa, y por diáconos los racioneros D. Francisco Jimenez Paniagua y el Dr. D. Diego Franco Velazquez, á la sacristía á aguardar á su Illma., yendo por ella el dean, el corregidor, alcaldes y corregidores, y vinieron acompañándole, y habiéndose apeado del coche en las gradas del cementerio en frente de la puerta que está junto al Sagrario y entrado en dicho cementerio, donde estaba tendida en ala toda la compañía de palacio, le rebolearon la bandera como á virey, y se hizo la salva con los mosquetes: en la puerta referida estaban todos los señores prebendados, y habiendo llegado á ella su Illma., le dió el señor chantre el hisopo, con el cual asperjeó á los circunstantes y luego se entró por la puerta de hierro, llegando con harto trabajo al altar mayor por la multitud de gente que habia, luego subió al presbiterio é hizo oracion, y despues de revestirse cantó la misa asistiendo la Audiencia, los capitulares y la familia del arzobispo.»

«Habiendo consumido el preste, pasó el diácono el misal al lado de la Epístola y luego fué acompañado de dos maestros de ceremonias á la credencia, donde estaba el palio en una fuente sobre un paño de seda blanco, envuelto con las tres espínulas, y la trajo y puso sobre la ara como estaba, y dicha por el preste la oracion y colecta en que mencionó primero á su Illma. y despues al rey, y cantado por el diácono el «Ite misa est» vuelto hácia su Illma. el preste, le pidió la venia y echó la bendicion hácia el lado de la Epístola, y habiendo dicho el último Evangelio se quitó la casulla y manipulo y se fué al lado siniestro de su Illma. á cuyo lado diestro se puso el señor chantre, y en medio del altar el señor dean, que preguntó á su Illma. si tenia letras apostólicas, y habiendo respondido que sí, mandó el señor dean que se leyesen, y lo hizo el secretario del Sr. Ortega, y habiendo acabado de leerlas pasó su Illma. y los dos señores mitrados de sus asientos al altar, donde se sentaron los dos á los lados del señor dean, y su Illma. se hincó é hizo el juramento sobre el libro de los Evangelios; el señor dean sentado, dijo la oracion que dispone el Pontifical, y luego le echó las tres bendiciones al palio y se lo puso á su Illma. con las tres espínulas; la del diamante

delante, la del rubí en el hombro izquierdo en lo doblado del palio que cayó en dicho hombro, y la esmeralda á las espaldas, cogiendo solamente la seda de las cruces y no el palio ni la casulla, despues pasó su Illma. al medio del altar, y vuelto hácia la cruz archiepiscopal, puestos los guantes y sin mitra, publicó el maestro de ceremonias las indulgencias que su Illma. concedía á los presentes, luego dió el arzobispo la bendición, y acabada entonó el diácono el «Te-Deum laudamus» y se ordenó la procesion en que fueron por delante las hachas de su Illma., la cruz con el subdiácono, luego la clerecía con sobrepellices, los señores capitulares con sus capas y en medio el diácono, acompañado de los dos señores que sirvieron la mitra y báculo, y los tres señores mitrados juntos acompañando á su Illma. debajo del palio, cuyas varas llevaron el corregidor, alcaldes ordinarios y regidores: seguíanse los contadores y señores de la Audiencia; iban fuera de la procesion, á los lados, los soldados de la guardia de S. E. Illma., quien habiendo llegado de vuelta á la grada del altar mayor se paró, cantó la oracion «Pro gratiarum actione,» y acabada subió al medio del altar y se quitó el palio y lo dejó y el señor chantre lo guardó en su caja quitadas las espínulas y puestas en sus acericos: mientras su Illma. recibia el palio el sacristan encendió la vela que estaba en medio del altar en un candelero muy alto, por demostracion y ceremonia de tener ya esta iglesia esposo, y se comenzó un repique general que duró hasta que se acabó la procesion. Su Illma. se fué á su asiento y se desnudó y se vistió el mantelete, muceta y pectoral, y el dean su manteo y salieron todos los señores capitulares acompañando al arzobispo hasta la puerta de junto al Sagrario, y salido al cementerio su Illma., donde estaba esperando la compañía de palacio, le rebolearon la bandera como cuando vino, y el señor dean, corregidor y alcaldes ordinarios fueron acompañándole hasta su casa en la forma que lo habian traido, y el señor dean comió con su Illma.» Salieron á dejar á la Real Audiencia cuatro prebendados, y así terminó aquella ceremonia á la que asistieron personas que pasaron á México desde poblaciones muy distantes.

Otras fiestas tuvieron verificativo el 29 de Enero con motivo de la entrada solemne del Sr. Ortega. Por ese tiempo tuvo lugar en México una ejecucion que hasta entonces no se habia visto: la degradacion de un militar. Un soldado de la compañía de palacio vendió su mosquete en cinco pesos, y juzgado, fué sentenciado á la degradacion, la cual se efectuó de este modo: salió la compañía con cajas destempladas llevando al reo hasta la plazuela del Rastro; allí le despojaron de la espada, daga, coleta y cuerdas, le cortaron la melena y le corrieron á palos. Hecho esto volvieron á templar las cajas y regresó la compañía á palacio.

El dia 6 de Octubre llegó á Veracruz el nuevo virey, duque de Alburquerque; el 17 de Noviembre se despidió del gobierno el Sr. Ortega, y el siguiente á las siete y media de la mañana salió para Otumba á recibir á su sucesor, precedido de un guion que llevaba por una parte las armas reales y por otra las del arzobispo; luego iba el Sr. Ortega en un borlon verde con vidriera, solo, vestido de sotana, roquete, mantelete y capa con vueltas de felpa amusgada y con el baston de capitán general en la mano. A las cinco del mismo dia volvió de Otumba, y el dia 27 de Noviembre tomó posesion el nuevo virey. El arzobispo Montañés continuó en México dando lustre á las funciones religiosas y tomó mucho empeño en que se concluyera el santuario de Guadalupe, yendo personalmente por las calles para recoger limosna para la obra que no pudo ver concluida por haber fallecido el 16 de Diciembre de 1708. Está sepultado en la Catedral de México.